



Edita: C.M.M. S.A. Redacción y oficinas: ALBACETE: Plaza de la Catedral, 6. 02001. Tlfs. Redacción: 967 219311 967 219350. Fax: 967 210781. Administración: 967 210000. Fax: 967 248704. ALICANTE: Avda. Óscar Esplá, 4. 03003 Alicante. Tlf. Centralita, 96 592 19 50. FAX Redacción: 96 592 22 48. FAX Administración- Publicidad: 96 592 22 82. CARTAGENA: C/ Puerta de Murcia, 8-2.º B. 30201 Cartagena. Tlf. 968 50 44 00. FAX: 968 52 86 16. ELICHE: Maestro Albéniz, 10. Entlo. 03202 Elche. Tlfs. 96 545 28 43. 96 545 28 49 y 96 545 24 57. FAX: 96 542 05 48. MURCIA: Camino Viejo de Monteagudo-Edificio 'La Verdad', 30160 Murcia. TELÉFONOS: Centralita, 968 36 91 00. Publicidad, 968 36 91 07. Distribución-suscriptores, 968 36 91 14. Administración, 968 36 91 16. FAX Redacción, 968 36 91 47. Correo electrónico redacción: lectores@la-verdad.com. FAX Publicidad, 968 36 91 11. Correo electrónico publicidad: publicidad.lv@la-verdad.com. Difusión controlada por OJD. Depósito legal: MU-3-1958

## TABLÓN DE BREVEDADES / TEXTO, DIBUJOS Y COLLAGES: DE ASENSIO SÁEZ



**Protagonista el mar**



**I**  
**■ Conforme avanza el verano, joven aún éste, zangolotino imberbe todavía pero ya catedrático en ardores, el mar va adquiriendo su protagonismo de criatura principal de la estación**

más apetecida del año, y no quiere decirse que, precisamente por popular, deje de ser éste del mar tema para plumas de lujo, pinceles de primera, batutas destinada a las solemnes composiciones musicales.... Queden aquí, a voleo escogidos, nombres tales los de Machado, Sorolla, Falla... Todos ellos, del mar enamoraos. ¡No es nadie el mar!

El mar. La mar, que gustan decir a los que en familia con el mar viven a lo largo del año. Con dos cuenta Murcia: «Mayor» y «Menor». Sepa el lector —lo más probable es que lo sepa ya— que de la exaltación de ambos se ha ocupado más de una vez, complacidamente y a lo barroco, la pluma espléndida de Salvador Jiménez. Poco los harán mejor que él.

Sébase asimismo, ya que de alardes estéticos hablamos, que a nuestras aguas murcianas se asomaron un día dos criaturas extraordinarias, ya sólo vivas hoy en el recuerdo, por la pluma y el amor al paisaje entroncadas a nuestra geografía marinera. Amigas ambas del que suscribe —esa suerte vino uno a manejar—, como sacra materia son guardados los corres-



pondientes manuscritos, delatores del amor de ambas poetisas a nuestro Mediterráneo. De Clemencia Miró, hija de Gabriel Miró, por una parte, y de María Cegarra, por otra, hablamos.

En la apretada letra de Clemencia, lejanos años de su infancia y juventud se ponen de pie, añorando «su» mar de Cabo de Palos: «Mi mar, ya perdonándome, / el mar que siempre igual me espera». Por su parte, María Cegarra vuelca su querencia en las desoladas escenografías de su soledad. «...Y el mar querrá ser hombre, estremecido corazón...». Muchos años antes había editado en su Editorial Levante un libro de poemas titulado «Cuatro esquinas». Una de esas esquinas se dedicaba exclusivamente a temas del mar. Firmado el libro por el que estas líneas escribe, lógico es ahora pasar a otro tema. No es precisamente correcto hablar de uno mismo. Acaba estomagando. Dicen.

**II**  
**■ Agenda.** Suma de futuros hechos, la mayoría de los cuales jamás ocurrirán. Diario del quiero y no puedo. A pesar de su aparatoso relleno, nada.

**III**  
**■ ¡Quién lo dijera!** La pluma que creímos materia salvadora, suma de todos los bienes, punta de lanzse volvió!

**IV**  
**■ Subía a la terraza** cada mañana, al viento desplegada la bandera de su melena. Según ella, un sólo afán la motivaba: «Respirar cielo». Nunca supimos si de verdad para poetisa iba o, simplemente, para redomada cursi.

**V**  
**■ Gran arquitecto** en ciernes, fue construyendo con arquitectura de besos el gran edificio de su amor.

## El minicuento de urgencia

### El niño que quiso ser gárgola

Gárgola quiso ser el niño y gárgola fue, así cumpliendo sus más íntimos deseos.

Deambulando por terrazas y tejados de la gran catedral gótica hasta la fecha de su transformación en gárgola, fiel colaborador de su padre, renombrado maestro albañil éste, vino a salir el niño; de este modo conociendo hasta sus mismísimos trasfondos el frasciante universo de las gárgolas y entendiendo que no sólo conductos de desagüe consituían éstas sino algo más, mucho más.

Un tanto atónito, del todo admirado quedaba el niño ante aquella coral en piedra, estremecedor conjunto de ángeles y demonios, lobos y serpientes, murciélagos de congelados vuelos y grifos de afiladas dentaduras y alones monstruosos, criaturas todas empeñadas, una vez llegao el temporal de lluvias, en arrojar caños de agua a la calle, charolándola.

Pocas apetencias, en verdad, las del niño por el oficio del padre, pese a que su fantasía infantil venía otorgando calidades de turrón a los ladrillos, de nieve al yeso, y de esbelteces de escalas de Jacob a los altísimos andamios por los que como gato juguetero gustaba él subir y bajar, llegando así a entrar en cerradas amistad con el conjunto de las gárgolas, en sus ritos penetrando. A ninguna de sus prácticas misteriosas, a ninguna de sus cere-

monias milagreras dejó de asistir el niño, materia prima que de algún modo constituyó su bachillerawto de niño-gárgola, título con el que muy pronto vino a sentirse a gusto. ¡Ahí es nada su presencia en las más visibles cornisas de la catedral, ya convertido en grifo, monstruo quimérico que, como sabe el lector, aúna las características del águila y las del león!

Ya para siempre el niño grifo de piedra, cofrade de ese mágico universo de la gárgola, de reojo alcanzando el paso del padre que atravesaba cada mañana la plaza catedralicia, camno del oficio, mirando con ternura hacia aquel friso en piedra, de gárgolas poblado, hasta toparse con la presencia del hijo.

En los días de lluvia, ya se sabía: de la boca de la gárgola, un brazo de agua, el río del desagüe, caudal un tanto terroso, al principio; linfa bautismal, finalmente. Al paso del padre, siempre, total desviación del chorro, por no mojarlo. Hermosa acción a tener en

cuenta, fino detalle que, a no dudar, se repetiría al paso de usted, amable lector de este cuentecillo, si un día de lluvia usted se decidiera a cruzar la plaza de la catedral.



**VI**  
**■ Por la juntura** del falso diente acaba por escaparse la mentira mejor fabricada.

**VII**  
**■ No necesita** la gupa mejor envoltura que el chal de oro del último sol de la tarde.



**VIII**  
**■ —Así, como me ve usted,** de piedra, lo que se dice de piedra, me quedé el pasado domingo al fallarle a Raúl el penalti, oiga.